

*E*l FRENTE POPULAR  
muestra su adhesión al  
discurso que el Presi-  
dente del Consejo de  
Ministros Dr. Negrín  
pronunció en Madrid  
el 18 de junio de 1938.

EDICIONES ESPAÑOLAS

1938





**E**l FRENTE POPULAR  
*muestra su adhesión al  
discurso que el Presi-  
dente del Consejo de  
Ministros Dr. Negrín  
pronunció en Madrid  
el 18 de junio de 1938.*

EDICIONES ESPAÑOLAS  
1938





*El discurso pronunciado por el Presidente del Consejo de Ministros, Don Juan Negrín, el día 18 de junio de 1938, por su importancia política y por el sentido nacional de que estaba impregnado, suscitó de una manera inmediata en toda la España republicana multitud de comentarios favorables de las fuerzas políticas y sindicales. Llegó directamente al corazón del pueblo, de cada ciudadano, lo que se tradujo en millares y millares de emocionadas expresiones de adhesión.*

EDICIONES ESPAÑOLAS se complace en publicar los discursos que como comentario a las palabras del Jefe del Gobierno pronunciaron los representantes del Frente Popular el día 20 de junio de 1938.

*Esta edición va dedicada, especialmente, a los combatientes que luchan en las trincheras por la independencia de España y al resto de los españoles que se afanan por ayudar con su trabajo al triunfo de la causa de España, representada en la República y cuya dirección lleva el Gobierno de Unión Nacional.*



## EMILIO PALOMO

### de Izquierda Republicana

Españoles:

Una vez más la voz de los republicanos de Izquierda busca el corazón de España para verter sobre él la esperanza de nuestro triunfo y la fe entrañable de nuestra razón.

A los dos años de lucha, cuando el dolor culmina en la carne desgarrada de nuestros hermanos y en el bárbaro aniquilamiento de ciudades que fueron prez y orgullo de una raza trabajadora y laboriosa, el ser moral y físico de España, de la España única y auténtica, se yergue acusador y fuerte para decir su única palabra: «Venceremos».

No os arredre, españoles, la reducción de dimensiones de nuestro suelo; el Derecho y la Razón de nuestra causa precisan poco espacio

para, desde él, servidos por hombres valerosos y esforzados, ir ensanchando su área y venciendo la fuerza bárbara y antihumana que se le opone. En una guerra sagrada de Independencia hay un baluarte que los invasores no conquistan nunca: el alma del pueblo que quiere ser libre. Y España quiere serlo. Quiere gozar de sus grandezas y de sus miserias ella sola; quiere cultivar la herencia de su pasado y amasar la grandeza de su porvenir con manos y mentes españolas; quiere sentirse digna y limpia, sin que mesnadas de bárbaros de países sin ley vigilen, dirijan o constriñan el genio insubmisivo y libre de nuestra raza.

Ved el fenómeno que en el mundo entero produce nuestra dignidad. En una Europa acobardada y claudicante, en donde los valores eternos se resquebrajan y aniquilan ante el choque de fuerzas inciviles, el único asidero que tiene la conciencia universal es nuestra conducta y nuestro ejemplo.

No es que el mundo se decante hacia nosotros al advertir la razón de nuestra lucha; lo que advierte el mundo es la universalidad de la idea por la que luchamos; lo que advierte el mundo es que en este cerco a que está sometida España, encerrado en él, y en litigio, y defendido tan sólo a costa de la vida de los españoles,



está el ser o no ser de Europa; está la posibilidad de una marcha progresiva en la evolución civilizadora o el regreso a formas y modos que llevan en su entraña todos los gérmenes de la destrucción.

Y el prodigio que ante las multitudes atónitas proyecta nuestro coraje y nuestra decisión de no ser vencidos es lo que determina el cambio de la conciencia pública; y más aún: lo que hace que en los países agresores se enfríe cada vez más la fe en su victoria a pesar del suelo español que cada día trituran con sus bárbaros métodos de guerra.

Yo tengo fe, españoles, en que esa conciencia universal será un día próximo acción salvadora de las propias esencias de que vive; pero, es en la tragedia de mi país, a donde vuelvo los ojos esperanzado, en donde se nutre mi fe, es en mi país mismo, y en él, y en el pecho de esos soldados, que no saben guerrear a veces como profesionales, pero que saben morir siempre como patriotas, es donde yo veo la fortaleza en donde se estrellará la invasión.

Hay en España una voluntad de ser libre, y contra este glorioso designio nada ni nadie podrá oponerse.

No nos arredren las vicisitudes de hoy; en estas vicisitudes trágicas alienta el íntimo ins-

tinto patriótico que nos dice que es un destino histórico que hay que cumplir con fe. Nosotros no lo hemos querido; España se afanaba en buscar salidas normales a los tremendos problemas que la injusticia y la opresión tenían planteados, y cuando iba camino de su logro, una fuerza bárbara e insospechada se interpone en su camino: bárbara, por ser las armas las que se rebelan contra la razón; insospechada, porque nadie que sienta en su sangre la españolidad y en su corazón el latido de lo nacional podía prever la monstruosidad de que fueran unos hombres nacidos en España los que abrieran las puertas a la invasión y los que con delectación criminal vieran, consintieran y fomentaran cómo esos invasores asesinan a miles de españoles, destrozan las grandezas históricas de nuestro suelo y arrasan los pueblos y campos donde el trabajo y la alegría eran la llama viva en que sus moradores caldeaban cada hora su amor a España haciendo que su grandeza perdurase.

Este es el sentido, españoles, de nuestra lucha, y un solo deber se impone hasta lograr la victoria: luchar.

Palabras emocionadas de dos ilustres patriotas—el Presidente de la República y el del Consejo de Ministros—nos han dicho en forma ma-



ravillosa y en acentos patrióticos inigualables cuál es nuestro deber: los republicanos estamos dispuestos a cumplirlos; y a cumplirlos como un menester que hay que realizar con alegría y con fe.

Nosotros decimos que España es hoy substancial con la República y que es el sentido republicano el que tiene que correr por las venas de la guerra como sangre de su victoria.

España, pues, dueña de sus destinos, quiere seguir siéndolo y lo logrará: la fórmula está lanzada por quien tiene autoridad y conocimiento de su eficacia: resistir...

Resistir; y en esta resistencia los términos reducidos de nuestro suelo se irán ensanchando; la conciencia universal irá inclinando su poder al lado de su deber, y la Patria española, llena de heridas pero más llena de grandeza, podrá curarse en el único ambiente en que se curan estas heridas: acariciada por la Libertad y sostenida por la Independencia.

EDMUNDO DOMÍNGUEZ  
de la Unión General de Trabajadores

A TODOS LOS ESPAÑOLES

No es ahora, cuando todos los ciudadanos españoles de la España leal y democrática ponen en juego y al servicio de la causa republicana todo su esfuerzo y toda su abnegación, cuando la Unión General de Trabajadores revaloriza este deber y acentúa la reclamación de su cumplimiento.

La Unión General de Trabajadores siempre ha hecho que la conciencia ciudadana, y en particular la clase trabajadora, tenga un sentido de responsabilidad que ha hecho posible que en el curso de los años en que ha ejercido su mayor influencia haya crecido el crédito y el rango de los españoles y fué un estimulante de todas las acciones ciudadanas y sobre todo de un senti-



miento patriótico que arrancaba ese afán de sacar de la pobreza y de la incuria a España para que alcanzase el prestigio que a nuestra nación correspondía.

No puede sorprendernos a los hombres de la Unión General de Trabajadores que las decisiones del Gobierno sean acatadas, ya que en todo instante, a este Gobierno y a todos los que se han constituido con elementos del Frente Popular, hemos recomendado, dicho y exigido a nuestros asociados la mayor obediencia.

Han sido nuestros Sindicatos también los que han propugnado y canalizado todas las actividades del trabajo y han hecho más posible la autoridad y el respeto al Gobierno del Frente Popular.

De ahí que ahora, cuando hemos examinado el resultado del llamamiento a filas hecho recientemente por el Gobierno, comprobemos que el 90 por 100 de los reclutas se han incorporado a los C. R. I. M. y a los Cuarteles donde tenían que hacer su presentación.

Creemos que una gran parte de este resultado y de la conciencia de este deber se debe a las inspiraciones y a la exaltación del cumplimiento de este deber, propagado y exaltado por nuestros Sindicatos.

Ya es mucho que las quintas de 1925 y 26,

que en su mayor parte son hombres que han constituido un hogar y que tienen hijos, al requerimiento que hizo el Ministro de Defensa Nacional se apresten a cumplir con su deber, como soldados y como españoles.

¡Qué diferencia de la fecha aquella que en 1909, al ser llamados aquellos reservistas, se produjo una reacción en España de hostilidad y protesta contra aquella medida! Y es que entonces aquel Ejército iba a invadir un territorio, y aunque se buscaron pretextos de mejorar y civilizar Marruecos, a nadie podía engañar que era una guerra de invasión y aquel Ejército representaba la defensa de las oligarquías y de los imperialistas, y por eso el pueblo rechazaba el ser utilizado para fines tan contrarios a sus sentimientos.

En cambio, ahora, este pueblo acude con alegría y con entusiasmo cuando el Gobierno le reclama, porque sabe que va a defender su patria, sus libertades y su derecho, y que esta ocasión le brinda poder vengar a tantas mujeres y a tantos niños ametrallados y asesinados por las hordas fascistas de los ejércitos alemanes e italianos que invaden nuestra nación.

Sentimos una gran satisfacción al registrar este hecho como una demostración del espíritu



que anima a los ciudadanos españoles para atender todo requerimiento aunque éste sea de la calidad y de la importancia como el llamamiento de los hombres que tienen constituidas ya sus familias y no tienen reparo en incorporarse al Ejército para aportar, en esta hora de gravedad y de tragedia por que atraviesa España, su abnegación y su sacrificio, seguros y confiados a un Gobierno como el actual, que representa la garantía suprema de la dignidad y de la defensa de España.

MARIANO R. VÁZQUEZ  
Secretario General de la C. N. T.

Alocución radiada el día 24 de junio de 1938

Pueblo antifascista de Cataluña, de España. Trabajadores todos:

La C. N. T. os dirige la palabra junto a las representaciones del Frente Popular Nacional, apareciendo unidos ante el pueblo los antifascistas en estos momentos que la guerra adquiere matices más intensos. Cuando el enemigo, incapaz de vencernos en los frentes, trata de sembrar el terror con sus bombardeos en la retaguardia, sepultando con sus bombas mujeres, ancianos y niños, y quiere resquebrajar nuestra moral con su cizaña.

La unidad antifascista se mantiene firme.

La alianza sindical está en pie y los Comités de Enlace aumentan a diario, estrechando



la cordialidad de relaciones entre los obreros en la base, al compás que el organismo nacional de Enlace estudia y se preocupa por resolver problemas fundamentales y lograr la aplicación paulatina de las Bases firmadas en el mes de marzo.

Existen, quien lo duda, deficiencias. Pero no todo puede superarse con la rapidez que de desear fuera. Lo importante es saber que se trata de resolver todos los problemas que se planteen y deficiencias que existan.

La firmeza mayoritaria del bloque antifascista, dispuesto a que la democracia no sea un mito, y que la equidad sea norma de conducta en todos, con sus derivados de respeto mutuo, proporcionalidad y unificación del esfuerzo para seguir luchando y aspirar a conseguir la victoria, es garantía de que las cosas han de marchar cada día mejor.

Los facciosos saben que su situación es difícil. Y están convencidos que el único medio de vencernos es derrumbando nuestra moral, nuestra fe en la victoria.

No hay motivo de desaliento.

¿Había alguien que pudiese suponer que se llegara a realizar el esfuerzo gigantesco de resistencia que realiza el Ejército del pueblo? Nuestras unidades han rebasado todos los cálcu-

los. Los soldados de la Libertad han sabido pegarse al suelo, soportar los bombardeos frenéticos, la artillería enemiga disparada con continuidad inigualada, los ametrallamientos de la aviación. Y cuando los tanques han avanzado, se han lanzado a su encuentro. Y los monstruos de acero se han visto revolver heridos, retorcerse sus cadenas, paralizarse en seco, inutilizados por las bombas de nuestros héroes, y quedar inermes en el campo de batalla. Después ha llegado la infantería, y las máquinas, manejadas con acierto por nuestros hermanos, han segado vidas y más vidas, dejando el enemigo en los campos de batalla montones de carne mercenaria, de boches e italianos, de legionarios y moros, de requetés y falangistas. Nuestros jóvenes aviadores han mantenido en jaque, a pesar de su inferioridad numérica, a la aviación italoalemana, haciéndose, por su constante heroísmo, acreedores al elocuente título de «gloriosa». Nuestros bravos marinos han seguido prestando con riesgo su servicio, defendiendo nuestras costas y convoyando nuestros barcos.

¿Que el enemigo avanza, ocupa posiciones, conquista pueblos y nos gana kilómetros de tierra? Cierto. Pero nadie puede sentirse defraudado. Contrariamente. Al revés, hay para sentirse más entusiasta a la vista del desarrollo de



los hechos, si hemos de tener en cuenta la realidad. ¿O es que queremos ignorar lo que significa la ofensiva enemiga? ¿Es que no queremos enterarnos de que el enemigo se lanzó a **POR EL TODO**, como se dice vulgarmente, cuando inició su ofensiva por el Este? Pues era eso. El enemigo quería terminar pronto, rápida, fulminantemente. La guerra, en su prolongación, se le hacía insostenible. Alemania e Italia, embargadas por problemas de superior importancia, dentro de sus cálculos imperialistas, tenían, y tienen, prisa en terminar. Esta guerra les agota. Y prepararon sus cuadros, planearon concienzudamente, con sus técnicos, el plan que denominaron **DEFINITIVO**. Mandaron hombres y material en grandes contingentes y cantidades. Por doquier anunciaron, a la vista de los primeros éxitos en el Este, que la guerra tenía un plazo. Italia concertó con Inglaterra un convenio, un pacto bilateral. Y en el mismo se preveía el final de nuestra contienda para allá a finales de abril. Alemania calculaba entrar a saco en Checoslovaquia a finales de mayo, con toda su potencia y efectivos, libre ya del desgaste de España, aprovechando el crecimiento obligado, que representaba su victoria y la imposibilidad de que Francia interviniera en ayuda de Checoslovaquia, a consecuencia de tener

a los alemanes en la frontera pirenaica, dispuestos a invadirla en el caso que se quisiera hacer jugar el pacto franco-checo. Y ya veis. Italia se ha quedado a medias con su pacto, porque nuestra resistencia le hizo rodar sus planes.

Alemania se vió obligada a retroceder ante la virilidad de Checoslovaquia, dispuesta a defenderse—inyectada por nuestra resistencia y valor—, retirando de su frontera las tropas concentradas, al ver que Francia estaba dispuesta a intervenir—lo que, repito, no hubiera podido hacer de tener a los alemanes a lo largo de la cordillera pirenaica.

Por primera vez, el fascismo ha retrocedido en sus proyectos. Y ello, por nuestra resistencia.

¿No son éstas realidades incontrovertibles?

Pero hay más. Mucho más, que, examinado con frialdad, determina que lleguemos a conclusiones optimistas—y conste que no me refiero al hablar de optimismo a los locos que del optimismo hacen mal uso, sino del optimismo resultante del análisis frío, sereno, sensato. Del optimismo que producen los hechos comparados, que arrojan saldo favorable a la causa que se persigue.

Démonos un vistazo por la zona facciosa. Examinaremos los partes que nos traen las



Agencias. Informémonos de la exacta situación en que se encuentra la retaguardia enemiga. Su descomposición es tal, que amenaza hundirse estrepitosamente. Las luchas intestinas, las ambiciones partidistas, el odio a los invasores alemanes e italianos, que consideran aquello como tierra conquistada, presenta un panorama nada halagüeño para los más optimistas facciosos. Rebeliones armadas, como las de Pamplona, Cádiz y Málaga, no son hechos aislados, sino iniciales, precursores de contiendas de mayor envergadura, síntomas de rebeldía y conspiraciones profundas, cuyos primeros brotes son tan sólo escapes de un volcán presto a estallar. Y ¿qué importa que se sofoquen estas pequeñas rebeliones aisladas, que se encarcele, que se suprima de la circulación a elementos caracterizados de esa corriente rebelde?

También ahora en la zona facciosa se produce, junto a las conspiraciones y rebeliones de carácter político, partidista, ambicional, el crescendo de la rebeldía sana, de la rebelión popular. Y es que aquellos campesinos que creían que el fascismo era un sistema de orden, un régimen que respetaba sus intereses, su hacienda, su cosecha, la iniciativa privada, sufren el zarpazo de la barbarie totalitaria. Los pequeños propietarios, que tanto abundan en algunas zo-

nas del campo enemigo, ven hollada su propiedad, ven asaltados sus campos, ven saqueadas sus pequeñas haciendas, y violadas sus mujeres e hijos por los bárbaros de la legión o los extranjeros.

Los obreros industriales tocan de cerca las consecuencias del régimen de opresión, al imponérseles jornadas de intenso trabajo y prolongado horario. Tienen junto a sí, como en otros tiempos, al cabo de vara que blande el látigo contra quien no produce con la intensidad que se reclama. Sus jornales, reducidos en comparación con el costo de la vida, les sitúa en el plan de pasar hambre y privaciones sin cuento.

Allí no quedan sociedades, no hay Sindicatos, no puede el obrero ir a ningún lugar para reclamar que se le haga justicia, ante el atropello constante de que es víctima propiciatoria. Su único fin es la cárcel o el campo de trabajo.

Y el pueblo, en general, se encuentra sometido a la bota dictatorial del régimen y a la humillación degradante que le impone la bravuconería del invasor, del extranjero. Los campesinos y los obreros industriales recuerdan con nostalgia lo poco que había hecho la República en el orden cultural. Ahora ya no pueden educar a sus hijos. Se cerraron las escuelas y sólo que-



dan aislados conventos, donde el clericalismo retrógrado y enemigo del Progreso educa a unos cuantos niños bien, privilegiados de casta parasitaria. En los oídos del pueblo repercute constantemente el grito cavernario de Millán Astray: «¡Abajo la inteligencia!»

Y ese pueblo, que vagamente tiene noticias de lo que ocurre en nuestra zona, de que se aumenta, a pesar de la guerra, la cultura. Que en el campo, en la ciudad, y hasta en la trinchera existen abuntantes escuelas que forjan hombres conscientes para el porvenir. Y se entera de que los obreros tienen aquí defendidos y asegurados sus intereses. Que el pequeño propietario es respetado. Que hay, en suma, los cimientos de un estado de cosas superior, camino ascendente hacia la manumisión del pueblo. Y sabe que no hay cabos de vara en nuestras fábricas. Está seguro de que aquí no es la barbarie, el despotismo ni el ultraje lo que impera, sino el orden, el bienestar, la equidad y la razón.

Y el fermento revolucionario va en crescendo, a diario. Y determina una descomposición tal de la retaguardia enemiga, que ¡guay el día que se unifique el clamor popular! ¡Serán arrastrados los bárbaros, los dictadores, porque España, su pueblo, no es de esclavos! Y los

asesinos, los ladrones, los violadores de indefensas mujeres, sufrirán el castigo merecido.

Hace unos días, en un frente, los legionarios gritaban a los soldados del pueblo que vigilaban desde el parapeto los movimientos del enemigo: «Cochinos rojos. Vais a vencer, pero no será porque seais más valientes».

La anécdota no precisa de comentarios. Aquellos legionarios no hablaban porque sí. Es un síntoma. Un detalle en el que muchos tienen que aprender quiénes vacilan.

Hace tiempo que repetimos que la victoria no se alcanzará sólo por la lucha en los frentes. Vencerá aquel quien sepa mantener más unida su retaguardia. Y es que en las guerras, cuando se prolongan y adquieren la virulencia y potencialidad de la nuestra, ningún ejército tiene capacidad para conquistar palmo a palmo el territorio del adversario. Y entonces, siendo esto así, ¿no somos superiores al enemigo?

¿Han examinado los pesimistas empedernidos la situación internacional? ¿Puede negarse que ésta nos es mucho más favorable hoy que hace tres meses, cuando todos estaban convencidos de que éramos un pueblo heroico, pero condenado a la derrota?

Es indudable que la posición de las demo-



cracias europeas, por lo que a sus Gobiernos se refiere, no ha cambiado ostensiblemente. Pero no es menos cierto que aumenta a diario, de forma considerable, el ambiente favorable hacia nosotros. En Norteamérica, entre las masas populares y en el propio Gobierno. Y es indudable que las oposiciones a Chamberlain adquieren a diario más vigor, consistencia, ambiente y progresión. Y que en Francia gana terreno nuestra causa, especialmente desde que los italianos se han permitido bombardear el propio territorio francés.

El proletariado mundial va desperezándose de la modorra que le ha sumido en la abulia durante muchos años y adquiere su recia personalidad para opinar y decidir con arreglo a sus sentimientos solidarios, pasando por encima de sus líderes en algunos casos.

Nuestra situación no es, ni mucho menos, desesperante. Es difícil, qué duda cabe. Pero esas dificultades se cubren con algo que está en nuestras manos, que no tienen que mandarnos de otros países: Y es la continuidad de la resistencia. Con resistir, tenemos suficiente para afianzar nuestras posibilidades de victoria. Resistir es la línea que más perjudica al enemigo, que tiene prisa en terminar, que quiere acabar con rapidez. Cada día de resis-

tencia es un duro mazazo que asestamos en la cabeza del enemigo, con la retaguardia dividida, escisionada, cuarteada; con un ambiente de rebeldía en su entraña; con los frentes merma- dos en hombres, material y reserva; con Alemania e Italia cada día en situación más difícil para mantener el plan de envíos a Es- paña, por la sangría enorme que representa la prolongación de la guerra aquí y los durísimos castigos que les infligimos.

No tenemos, pues, razón de desanimarnos, porque el parte de guerra, verídico y justo, nos comunique que hemos perdido posiciones. Sepamos siempre que aquellas posiciones per- didas han determinado un quebranto durísimo en las filas enemigas, en material, en reservas, en hombres y en moral. Y que ha sido motivo de aumento de las discrepancias y divisiones en la retaguardia enemiga. Y que cada día de resistencia es tiempo que ganamos para acer-arnos al día en que cambien los Gobiernos y políticas de algunos países que traicionan descaradamente la causa de la democracia, apoyando indirectamente al fascismo invasor.

Sepamos y tengamos en cuenta eso. Y no hagamos caso de los que propalan lo contrario, como no sea para darles el pago que merece su labor negativa, derrotista, infame.



Como no hemos de hacer caso a quienes propalen que nuestra lucha pierde objetivos y que el pueblo no va a beneficiarse de nuestra victoria. Ésos también son colaboradores indirectos del enemigo. Lo son porque nada más contrario a la realidad que hacer esas afirmaciones gratuitas. El pueblo será quien se beneficiará total, absolutamente, de nuestra victoria. Lo será, porque es ridículo suponer que todo va a volver a lo que era antes del 19 de Julio. No volverá, porque aquella fecha trajo consigo un cúmulo de variantes en la estructura social de España, que sólo la victoria del fascismo anularía. El pueblo lucha, no por capricho de luchar, sino porque está convencido, seguro, compenetrado, del significado de nuestra lucha. Lucha por la independencia, por la libertad, la justicia, el pan, el bienestar colectivo y por la independencia de los pueblos, para que se rijan autónomamente, dentro de la unidad nacional, aspecto también combatido por el fascismo, y de lo que es muestra clara el trato que recibe el pueblo vasco, hoy oprimido y ayer independiente. Así se afirma en los fines de guerra de la declaración del Gobierno. Y así sucederá.

Luchar, pues, sin desmayos, sin descanso, sin flaquezas, como se hizo hasta aquí, y supe-

rándolo en cuanto posible sea, es nuestra misión. Aportándolo todo al objetivo concreto y terminante de ganar la guerra. Norte sublime de la lucha de un pueblo que no quiere ser esclavo, que no quiere ser colonia, que no quiere dejar de pensar por su cuenta, que no se aviene a tolerar que se pisoteen sus costumbres y características propias.

Pensemos y obremos así. Todos. Los soldados en el frente, siguiendo la línea de resistencia, que es camino de victoria. Los obreros en la retaguardia, produciendo más y mejor, con el entusiasmo y cariño que se pone en las cosas propias. Las mujeres en el trabajo, y por doquier, siendo, no lloronas, no cobardes, ridículas plañideras, no propagandistas de bullos, no elementos derrotistas, no desanimadoras, sino compañeras dignas de los héroes, mujeres españolas, hijas de un pueblo macho, que escribe en la Historia de los pueblos los jalones más hermosos que sus páginas recojan. Madres que alienten a sus hijos para que vayan al combate y cumplan con su deber. Esposas que saluden gozosas a sus maridos, al marcharse al frente para luchar por la libertad, en lugar de retenerle. Novias que tengan como galardón saber a sus amados en las trincheras o cumpliendo con su deber en el lugar



que las necesidades y las circunstancias les marque. Hijas que se sientan orgullosas de tener padres que forman parte del engranaje de sacrificados, luchadores o cumplidores con el deber. La mujer española no puede ser rémora para el hombre, sino acicate para que éste cumpla con su deber, no importa dónde esté.

Y mantengamos la retaguardia unida, más cada día, no sólo por los vínculos de pactos y compromisos teóricos, sino por el cumplimiento estricto de los mismos. Unidos hemos de estar todos los antifascistas para vencer y para, con el bloque monolítico que formamos, poder arrojar a quien, iluso o canalla, pretendiera provocar la desunión con su comportamiento desleal, al producirse la victoria del pueblo.

Unidos los antifascistas. Unidos los proletarios, robusteciendo cada día más los lazos de unidad entre las dos Organizaciones sindicales. Y concentrada la responsabilidad colectiva en las decisiones del Gobierno de unidad y de guerra que preside el camarada Negrín.

Por este camino, sólo a la victoria llegaremos. Y nadie piense en otros senderos seguir. Aquí hay un pueblo macho, dispuesto a vencer, que no admite componendas. Luchamos por la paz. Y sabemos que ésta sólo se consigue con la victoria de las armas populares que, bajo la

bandera republicana, quiere trazar el camino que han de seguir los pueblos para conquistar su manumisión.

Arriba los corazones. Somos un pueblo viril, entusiasta, corajudo y digno de vencer. Y venceremos. Aunque perdamos terreno. Aunque avance el enemigo. Ahora resistimos, y día llegará en que los avances presentes del enemigo se truequen en descalabros. Y en que su retaguardia se desplome. Y en que el pueblo de allá surja pletórico de facultades y, como el 19 de Julio vencimos en Barcelona, Madrid, Valencia, venza a la canalla invasora y a los traidores sublevados. Y entonces, unido, el pueblo gritará: ¡HEMOS VENCIDO!

Resistamos, pues, que nuestra victoria conquistaremos. Y repitamos al oído de todos, y gritemos a pleno pulmón: ¡VENCEREMOS! Es un propósito popular, y nunca la Historia registra que cuando ese propósito ha contado con la unidad que éste, se haya frustrado.

Adelante, pues, con la unidad antifascista. Con la unidad sindical. Con nuestra resistencia de hoy, a VENCER MAÑANA.

MARIANO R. VÁZQUEZ.



## JUAN JOSÉ MANSO

### del Partido Comunista

#### ESPAÑOLES, ANTIFASCISTAS:

Recientemente el Jefe del Gobierno de Unión Nacional, camarada Negrín, se dirigía una vez más a todo el pueblo español para decirle, con la sencillez y emoción que le es característica, la gravedad por que atraviesa nuestra Patria ante la invasión, redoblada últimamente, del fascismo extranjero.

El pueblo, todos los españoles, los que viven en nuestra zona y los que soportan en la otra el régimen colonial a que los ha llevado Franco, han sido informados de la verdadera situación y los peligros que amenazan a nuestra Patria. Han sido informados del criterio firme, inquebrantable del Gobierno de seguir luchando sin desmayo, con la fe puesta en la victoria y la

causa de la República democrática. La causa de la República, que no es una frase, sino que significa un contenido, expuesto en los trece puntos del Gobierno, declarados por el Jefe del mismo.

Es verdad que la ola de fuego y metralla de los ejércitos invasores, desbordándose en nuestras líneas, ha logrado algunos avances y con ello ha podido agravar, en parte, nuestra situación militar. Pero no es menos cierto que con ello ha dado también ocasión para que en los campos de Levante, hoy, como ayer lo hicieron en Madrid, en el Norte y en Cataluña, haya podido levantarse la resistencia sublime de nuestro Ejército Popular, mil veces heroico, obligando a que el enemigo dejara los kilómetros del suelo español que ha podido conquistar en esta ofensiva sembrados de miles y miles de bajas de sus mejores fuerzas de choque. Y es este heroísmo de nuestro glorioso Ejército el que obliga a todos los españoles a mantener firme su confianza de que con esta resistencia inquebrantable preparamos las condiciones de la victoria que aseguren nuestra independencia nacional y el triunfo de nuestra República democrática.

Reafirmar incesantemente esta resistencia debe ser en estos momentos, cuya gravedad no



hay que ocultar, la preocupación de todos los españoles, teniendo presente que la rapidez con que nosotros sepamos ayudar a realizar aquellas medidas que ya con anterioridad y en diversas ocasiones fueron enumeradas por el Gobierno de Unión Nacional dependerá que los plazos que nos separan de la victoria sean más o menos cortos.

Todas las fuerzas y todas las energías de la Nación deben movilizarse con rapidez vertiginosa y con mayor intensidad todavía de lo que fueron hasta hoy; deben moverse con ímpetu irresistible en la dirección indicada por el Jefe del Gobierno de Unión Nacional, hacia los objetivos que él, con maravillosa clarividencia, nos ha indicado y cuyo logro es nuestra mayor garantía de victoria. Como palanca fundamental de esta movilización, como el auxiliar más precioso del Gobierno de la Nación, el Frente Popular, en las provincias, en los pueblos, y en la escala nacional, debe ayudar con sus propios recursos, con la utilización de sus Consejos municipales y provinciales, de los Sindicatos y con cuantos medios tenga a su alcance, a la concentración de todos los esfuerzos para que en el plazo más breve sea culminada esta obra de organización.

Ante todo, en este momento en que todos

los españoles nos sentimos orgullosos de ese Ejército que en Levante escribe nuevas páginas gloriosas para nuestra historia, es necesario fortalecerlo más y más, ayudando a crear innumerables reservas que aseguren al combatiente los relevos imprescindibles, los descansos necesarios; fortalecerlo, velando todos por que su disciplina, que nosotros comprendemos como elemento principal de su eficiencia, sea cada vez más perfecta, al ser más perfecta también su unidad.

Transformemos todos nuestros frentes y pueblos cercanos a los mismos en fortalezas inexpugnables, para la construcción de las cuales debe movilizarse, no solamente a toda la población útil, sino también todo el instrumental de trabajo cuya utilización impide, a veces, la falta de un concurso inmediato. La resistencia, a la que con tanta energía nos ha llamado el Jefe del Gobierno, le será tanto más fácil al Ejército cuanto más sólida sea la fortificación desde la que pueda combatir al enemigo.

Y se acrecentará también su capacidad combativa en la medida en que nuestros soldados vean desaparecer o aminorarse la inferioridad de medios bélicos en que actualmente nos hallamos en relación con el enemigo. Esto exige que nuestra producción de material de guerra,



prodigiosamente improvisada en estos dos años de lucha, se intensifique y perfeccione con mayor rapidez que hasta ahora. Y la capacidad técnica, así como la capacidad de sacrificio, suficientemente demostrada por nuestros obreros, dan derecho a esperar que esta superación es posible y que se logrará adoptando algunas medidas que acrecienten su estímulo y que garanticen que su esfuerzo no se verá malogrado por la posible acción de nuestros enemigos incrustados en nuestras filas.

Otro de los problemas fundamentales de momento, cuya solución depende asimismo del esfuerzo de toda la nación, es asegurar el abastecimiento de nuestros combatientes en primer lugar, y también de los obreros que dedican su esfuerzo a armar a nuestros soldados. Cuando el enemigo, impotente para quebrar nuestras líneas, quiere precipitar nuestro derrumbamiento sitiándonos por el hambre y se dedica a perseguir y ametrallar todo barco que se acerque a nuestras costas, debemos adoptar las medidas más severas para que nada se derroche ni se pierda. Los Frentes Populares deben asegurar, pues, la batalla de la presente cosecha sin que ésta tenga que resentirse por las movilizaciones, que deben ser contrarrestadas por el trabajo entusiasta de la mujer, del hombre maduro y de

los más jóvenes. Asegurar nuestro abastecimiento, laborando el campo, es, en el momento actual, una de las formas más eficaces de lucha contra el invasor. No debemos conformarnos con salvar esta cosecha, sino que, teniendo en cuenta los duros momentos que el porvenir nos reserva, tanto en el orden económico como en los demás, desde ahora mismo debemos adoptar las medidas de previsión que en el futuro nos permitan, no sólo mantener la producción normal, sino incluso aumentarla.

Nuestra resistencia, la resistencia que a pesar de alguna pérdida de terreno está derrotando al invasor, exaspera y enfurece al enemigo. Los plazos previstos por él para lograr la victoria se prolongan indefinidamente. Él tiene prisa por terminar, ya que la prolongación de la guerra le hunde cada vez más. Apela por esto al terrorismo contra la población civil, a los salvajes bombardeos de las ciudades. A esta barbarie nosotros tenemos que poner algo más que nuestro heroísmo, que nuestra voluntad indeclinable de no ceder. Contra el salvajismo desatado por la aviación italo-germana, en medio de la indiferencia y de la cobardía de algunos Gobiernos democráticos, nosotros debemos proteger a nuestras mujeres y a nuestros niños, a toda la población civil. Y para ello es preciso



que en todas las ciudades, en todos los pueblos, el esfuerzo de todos se dedique a la construcción de refugios que eviten víctimas inútiles.

¡ Antifascistas ! En cada hora grave de nuestra guerra el Gobierno se ha dirigido a nosotros para decirnos, no solamente los peligros que sobre nuestro pueblo se ciernen, sino también las posibilidades de evitarlos, la seguridad de que hemos de lograr la victoria, si seguimos firmemente el camino que él nos indica.

El Partido Comunista declara su absoluta conformidad con el discurso del Ministro de Defensa Nacional, y el más decidido apoyo a su política. Y exige de todos los comunistas que redoblen su actividad en el trabajo que ocupan, marchando fuertemente unidos con los demás antifascistas, como buenos españoles que quieren a su patria y que no la abandonarán mientras quede un palmo de tierra que defender.

¡ RESISTIR !, ha sido la orden del Jefe del Gobierno.

¡ Unidos todos junto al Gobierno de Unión Nacional, para resistir, para crear las condiciones que hagan posible nuestra resistencia !  
¡ Unidas todas las organizaciones y todo el pueblo español !  
¡ Unidas más que nunca Cataluña y España !  
¡ Unidos todos en el Frente Popular,

para movilizar los inagotables recursos de nuestro pueblo y para resistir, resistir hasta que llegue la hora del contraataque de la victoria!

¡ Por la independencia de España!

¡ Por la República democrática!

¡ Viva el Gobierno de Unión Nacional!

¡ Viva el Frente Popular!

Junio de 1938.



es-  
lle-

## MANUEL ALBAR

### del Partido Socialista

Glosar un discurso es, según una vieja definición, interpretar un discurso, de suerte que los pasajes que en el mismo parezcan oscuros o complicados resulten, a través del glosador, claros y sencillos. Ninguno de los que esta noche estamos dirigiendo nuestra palabra a los españoles podemos, en consecuencia, llamarnos glosadores del discurso que, hace una semana, pronunciara en Madrid, la ciudad admirable, el jefe del Gobierno. Por una razón: porque en el discurso de don Juan Negrín todo es claro y sencillo, sin que haya punto que demande explicación ni concepto que requiera un trabajo de exégesis. ¿Podía, acaso, ser de otra manera? A la altura en que se halla nuestra vida—la vida de España—el don máspreciado que gobernantes y gobernados podemos apetecer es, justamente, el de una rigurosa sencillez, que requiere decir elegancia de espí-

ritu. Verdad que esa elegancia no se adquiere de balde. Los españoles de hoy, en quienes resucitan viejas virtudes adormecidas, lo sabemos bien. Estamos aprendiendo la sencillez en la escuela más dura: la del sacrificio. Y así es como vamos escribiendo, día tras día—dos años hace ya—, entre el pasmo de los acobardados y el asombro de los ignorantes, el capítulo maravilloso y terrible de nuestra guerra, sostenida por un pueblo sin armas contra un ejército en rebeldía y dos naciones poderosas que han hecho de la fuerza su ley.

No glosamos, pues, el discurso del doctor Negrín. Damos fe de que ésa, la verdad proclamada en sus palabras, es, lisa y llanamente, nuestra verdad. Una verdad que nace no tanto de las afirmaciones que unos u otros sentemos, como de los hechos mismos, que no consienten—así son de claros y terminantes—interpretaciones dispares. Cuando hemos hecho nuestra la fórmula que nos ordena resistir, sean las que fueren las circunstancias dramáticas en que nos coloquen las alternativas del combate, no hemos hecho otra cosa que obedecer—¡gran virtud ésta de saber obedecer!—un dictado de nuestra conciencia, que nos manda ser libres o saber morir antes que perder la libertad. Porque, sin ella, ¿qué vale la vida? Precisamente



porque la sentimos amenazada al presente ponemos más empeño en defenderla; y no al revés, como esperaban, sin duda, los invasores que han hollado con su planta la tierra, siempre codiciada y siempre indómita, de España. Es inútil que la diplomacia internacional haga trasiego de componendas. Ninguna de ellas, ni todas ellas juntas, son bastantes a quebrarnos el ánimo. ¿Adversidades? Nos hemos acostumbrado a padecerlas. En su ejercicio se ha endurecido nuestra moral, sin que nos importe más de lo conveniente la injusticia con que, pasados los Pirineos, se juzga nuestra entereza. Dicen que se reúne ahora, a los dos años de intervención abierta, y cuando la mitad de la Península está profanada por alemanes e italianos, el Subcomité de No Intervención. De sus deliberaciones surgirá, como un fantasma que brota de la nada, alguna nueva entelequia dilatoria. Tiempo perdido en Londres que se traducirá en dolor acrecentado aquí. Pero en el dolor se ha templado nuestra fe, que es la que hace milagros, y a la voz del dolor responden hoy todas las cuerdas de nuestra sensibilidad. La injusticia que nos llega de fuera es la que subraya con trazo más grueso, camaradas que nos escucháis, el código de nuestros deberes de guerra. Soldados de la República, cualquiera

que sea vuestra filiación: se os ha llamado a morir, si la muerte os elige como blanco, por la Patria escarnecida y sangrante. Trabajadores de la retaguardia: se os pide silencio y devoción enfervorizada en la tarea. No son héroes sólo los que se baten en las trincheras; lo son también los que, humildemente entregados al servicio de la guerra, han hecho renuncia de vanidades y egoísmos, dos pecados capitales a los cuales hay que fusilar por la espalda. La tierra que defendemos, unos con el fusil, otros con la herramienta de trabajo, es tierra sagrada porque está sembrada de muertos. El pan de la victoria que vamos amasando fatigosamente en el curso de unas horas trágicas, será —nadie se haga la ilusión contraria— un pan ácimo. Nos llegará empapado en lágrimas. Pero España, vestida de lutos, seguirá siendo España—la España auténtica que se intenta asfixiar—y abrirá su esperanza al porvenir. Calor de heroísmo, ya que otros medios no se le dan, es lo que le hace falta. Y algún día vendrá en que los fríos de corazón y torpes de entendimiento nos rindan homenaje. Todo nuestro ser moral, españoles de la República—y yo no sé que haya otros—se ha puesto en pie y no habrá nada, derrotas o amarguras, que le obliguen a doblarse.



## ELFIDIO ALONSO

### de Unión Republicana

Una vez más vuelvo a intervenir en representación de «Unión Republicana» en un acto de Frente Popular, y aunque las contingencias mutables de la política y los vaivenes de la guerra han dado a cada instante una fisonomía diversa, pródiga en rectificaciones, siento la satisfacción de proclamar que ninguna actitud distinta motiva mi intervención de esta noche, ya que no necesitan explicaciones inéditas las conductas republicanas que desde antes del advenimiento de la República, y en el transcurso de la misma, han visto y practicado las únicas normas que les era dado practicar: las del derecho de gentes, las de la democracia moderna, y esa que tan pasada de moda parecía, pero que por inmutable es imperecedera, la del sen-

tido nacional, racialmente español, que nace en los tuétanos del alma hispánica y tiene la altivez de no dejar progresar a su lado idea ni teoría que la eclipse.

Los actos que organiza el Frente Popular tienden a demostrar la unidad de todos los sectores políticos, que luchan en pro de la legalidad republicana, levantando la moral pública e infundiéndole ánimos y razonamientos; pero, además, a mí se me antojan como actos donde se aclaran todas las posiciones y se fijan los conceptos normativos de la responsabilidad histórica de cada cual. Por eso he creído necesario subrayar que nuestros puntos de vista obedecen a una constante que nos impide reaccionar inesperadamente ante el cúmulo de los acontecimientos, sea la que fuese la calidad de ellos, y para que no parezca vanidad pueril este alegato, lo completaré afirmando que por ausencia de la capacidad de ensayismo y tal vez por un gran apego a formas que a otros han parecido decadentes, nosotros nos quedamos parados en un punto a donde ahora regresan los más, y hoy, como el 19 de julio, adoptamos frente a los sublevados y a la realidad española, motivada por la sublevación, una postura que no puede modificarse. Por eso, en el clamor de las murmuraciones y en el concierto de las ranas



parlantes (frase ésta que ha hecho fortuna), nosotros no tenemos papel, pues nos pesa demasiado el denso dramatismo que soportamos, para holgazanear con diversiones, cada día contradictorias.

Sin embargo, a la altura a que ha llegado la guerra y en la situación en que se encuentran las condiciones políticas del país, constantemente modificadas por realidades tangibles, le ha de ser lícito a un republicano ratificar su credo, tirando del velo del equívoco para que nos deje a todos al descubierto.

Es difícil encontrar gentes que en el transcurso de su vida no hayan pasado por el desvanecimiento de una flaqueza o por un tibio desmayo; fenómenos que se prodigan con mayor intensidad en los espíritus exaltados que no en aquellos otros que acompañan su acción a ritmos más lentos en el entusiasmo. Y esto, que lo padecen los individuos, suele ser también enfermedad de las colectividades. En diversos períodos de esta guerra muchos han sentido empañarse el espejo de la ilusión por nubes de pesimismo, pero aunque el hecho no es nuevo ni original, sí vale la pena que le añadamos la perogrullada de que cuanto más amplio es el espejo, mayores son sus posibilidades para empañarse. Nosotros, que elaboramos un programa político

de Frente Popular, que no era una quimera ni un desatino, nosotros, que al estallar la sublevación vimos ante el cuerpo nacional el exterminio de todo lo que éramos y representábamos, nos aprestamos a la defensa sin la ofuscación de ninguna religiosidad, ni la imaginación cargada con las ricas creencias de que el terreno que pisábamos era el mismo que, preñado de especias y damascos, pisó el navegante veneciano Marco Polo. Hoy, como el 19 de julio, no nos sentimos defraudados a este respecto, y al empuñar las armas, como al suscribir los 13 puntos del Gobierno actual, nuestra posición frente al enemigo sigue inalterable, que no es lo mismo que decir que somos inalterables ante los males que padece España, aunque en parte de esa España habiten y gobiernen enemigos. Así es que resulta conveniente repetir hasta la saciedad que nosotros luchamos para defender la Constitución de la República, en cuyo ámbito pueden coincidir todos los españoles, desde el Cabo de Finisterre hasta el puerto de Barcelona. Fuera de la Constitución nada tenemos que dialogar, pero con la Constitución por delante, ni una flaqueza hemos sentido para defenderla, ni somos capaces del rencor eterno para los que han campeado por España a machetazos con el texto constitucional.



Hora es ya de que los españoles nos miremos por dentro para encontrarnos la españolidad. En esta guerra fratricida, justo es que lo reconozcan nuestros enemigos, los conceptos sostenidos por el Gobierno legítimo ante el mundo son los únicos que han reivindicado la alcurnia de nuestra nacionalidad, ya que lo único que hemos pedido es que se nos dejara solos a los españoles dirimiendo un pleito secular. La no intervención pudo ser el principio capaz de haber solucionado este problema, pero el desdichado ensayo maquinado por León Blum no ha servido sino para dar lugar a que en nuestro suelo se experimenten todos los artefactos guerreros y para que el fascismo lleve a cabo sus métodos políticos y pruebe su intimidación a Europa.

Yo recuerdo cómo los teóricos del incipiente fascismo español propalaban que era preciso despertar la voluntad del imperio en España. Esta frase, con la retórica que la arropa, tenía al menos una intención tradicional capaz, al desarrollarse, de ser motivo de un ideal español, pero grande ha sido su fracaso al convertirla en dogmatismos de Franco en la cola del cometa romano. En la España de Burgos se quiere recoger la punta del manto que tiende el César del Mediterráneo para servirle de paje

en la coronación de Augusto. ¿De cuándo acá es ésa la voluntad española del Imperio? España fué más grande, fué enorme, cuando, reconcentrada en sí misma, expandió su ideal, el suyo, por el universo. Jamás en el cenit de la hispanidad se miró a los lados buscando las migajas que tiraban los otros para nutrirse con ellas. En las horas de grandeza, como en las de aislamiento y decadencia, la nación española tuvo la dignidad de vivir su vida, unas veces en el Monasterio del Escorial y otras en el puente de las naves de Lepanto, sin obedecer las leyes de los Bonifacios y los Clementes, ni prestar adoración ante el trono de Napoleón o el de Pedro *el Grande*. Nosotros concebimos la nacionalidad española autóctona y sin lenguaje traducido.

Con emoción recuerdo los días anteriores al advenimiento de la República, cuando el romanticismo de la juventud española presentía el renacimiento patrio, hundiendo la decadencia borbónica. Eran aquellos tiempos de lenguaje castellano, de historia de España, de pensamiento español. Esa misma juventud, que no tuvo tiempo de gobernar la República, ni de malograrse en la lucha política de su Gobierno, pelea ahora en las tricheras, y en muchos casos en trincheras opuestas, obligados por el milita-



rismo que antes combatieron. Si analizan su situación verán cómo es posible entenderse con nosotros en el marco del ideal que hizo convivir hace dos años a los españoles, pues eso sí que es indispensable: que la norma de convivencia sea la de la democracia. Nosotros por ello lucharemos hasta el infinito, y mientras no se implante para todos no habrá paz ni cuartel.

He aquí, pues, la opinión de un republicano, que al dirigirse otra vez al comicio nacional no vacila en exponerla sin cortapisa, finalizando con un ¡gloria a los héroes caídos! y alentando a los luchadores del pueblo que enseñan al mundo, como siempre y eternamente, que lo que en él manda es el ideal.

Ayuntamiento de Madrid







Ayuntamiento de Madrid